

inmolación innecesaria

A la muerte de Tom Simpson en la terrible escalada al Mont Ventoux ha seguido la muerte de Valentín Uribe, el excelente corredor vizcaíno, en el Campeonato de España de Fondo en Carretera, disputado en Sabadell. Ha aquí dos dramas que el mundo del ciclismo llora y que todos los aficionados deploran.

Tom Simpson tomó estimulantes que sólo pueden ser autorizados por prescripción médica, según los informes revelados del análisis de los vísceras del infortunado ex campeón del mundo. ¿Y Uribe? El Instituto de Toxicología de Barcelona, que ha procedido a un estudio metucioso del caso, emitirá sus conclusiones, que no sabemos, en estos momentos, si serán comunicadas o no oficialmente.

No es cuestión —y en todo caso no es la más importante— saber si Uribe, como Simpson, tomó estimulantes poligraicos o simplemente simpáticos, como han sugerido algunas veces autorizadas. La frontera entre el estimulante y la droga parece de cristal cuando se exigen al organismo esfuerzos desacomulados, y la polémica surgida en el mundo del deporte sobre el particular ilustra sobre la fragilidad de cualquier teoría rígida al respecto.

También es injusto centrar todo el tema del «doping» en torno al ciclismo. La «leyenda negra», que como un veneno se ha filtrado en el deporte del pedal, ha convertido esta disciplina, a los ojos de muchos, en un verdadero antro de perversidad y maquinación. En otros aspectos del deporte, y no hace falta hacer matizaciones, el «doping» se está utilizando en escala progresiva.

Las leyes que algunas naciones han adoptado contra este tipo de práctica refleja, con claridad, la preocupación que entre las autoridades médicas y deportivas suscita el problema. Y como ya dijimos en un comentario publicado en TRIUNFO hace varios meses, sería interesante que España se uniera a esa campaña internacional para aportar ideas y soluciones tendientes a limitar la extensión de la plaga.

Pero como dice el refrán, el remedio vale más que la enfermedad. Si se llega a concretar que el «doping» no es más que el efecto de una causa, entonces habrá que atacar el problema por su base, es decir, por la causa. Y en el ciclismo la causa no es otra que la dureza acrecentada de las competiciones. Se ha dicho que la Vuelta a Francia es inhumana y que sería necesario podarla de crueldades inútiles, de esfuerzos brutales, que son los que obligan al corredor a remedar con estímulos artificiales lo que su propio cuerpo no puede rendir normalmente.

Si la muerte de Simpson fue un tributo trágico a las exigencias de una prueba bárbara por los suplicios que encerraba, la de Valentín Uribe ha sido una inmolación inútil. ¿Qué necesidad había de organizar un Campeonato de España, en plena conicula, con un calor asfixiante, y sobre un recorrido de 92 kilómetros contra reloj? La respuesta es: ninguna. Este Campeonato pertenece al capítulo de los estúpidos, porque con él no se podía buscar otra cosa —al margen de determinados alicientes financieros de organización— que el de proclamar un campeón sin darle importancia a los medios.

Estamos convencidos de que la Federación Española de Ciclismo se hallará sinceramente arrepentida de no haber previsto, con mejor visión, las circunstancias de una prueba semejante. Dice nos libre de acusarla de mala fe ni siquiera de falta de humanidad. Pero sí es responsable de no pulsar mejor las limitaciones humanas y, sobre todo, ha pecado de inconsciente liberalidad al autorizar una prueba cruenta y cruel por su recorrido y modalidad, en una fecha del año particularmente opresiva y agobiante.

El hecho de que no hubiera un médico oficial en el Campeonato —por correrse en circuito se creyó no era necesario— es otra muestra de grave irresponsabilidad. Es dudoso que Uribe hubiese salvado su vida, tanto más cuanto que los servicios de ayuda funcionaron rápidamente, pero la ausencia de un facultativo no deja de ser síntoma, que nos hace temblar un poco, de lo peligroso que resulta dejar sueltas cabezas que deben hallarse perfectamente ligadas en toda organización deportiva.

Ha de hacerse todo lo posible, e incluso lo imposible, por evitar la repetición de casos como los de Simpson y Uribe. Al margen de lo inevitables que pueden resultar ciertos accidentes, resulta penoso asistir a inmolaciones inútiles. Mont Ventoux y Sabadell son dos nombres que hoy que recordar. Al ciclismo mundial y al ciclismo español corresponde la tarea de que vuelva a ser deporte lo que ahora se está convirtiendo en una diabólica carrera trillada, con pavorosa frecuencia, por la negra zarpa de la muerte.

J. J. CASTILLO



VIVA

SE
ALQUILA



CHUMY
CHUMÉZ

—A veces tiene usted cosas de niña, baronesa.